

lo más cuerdo era que pensara entrar en tratos; que Austria estaba determinada á ayudarle; pero que de ningún modo se podría batir contra Europa y á favor de un ajuste que no estuviera en armonía con los intereses y los deseos de Alemania. Napoleón era demasiado fogoso para que se tratara de atajarle en sus ímpetus con frías razones; y el príncipe de Schwartzberg conoció á las claras que se quería batir á todo trance; que no le detendría nada; que probablemente ganaría victorias, y juzgó que convendría aguardarlas y conocer su trascendencia antes de asegurar ni de decir cosa alguna. De consiguiente pronunció algunas palabras sin energía y sin concierto, y después callóse, no osando siquiera decir á Napoleón la verdad que sabía y que cumplía á su lealtad darle á conocer sobre un asunto de tanta importancia como el relativo al cuerpo auxiliar austriaco. Afectando Austria continuar fiel al tratado de alianza de 14 de marzo de 1812, siempre debía estar á disposición de Napoleón el tal cuerpo de tropas, y además entonces su entrada en acción era muy apetecible. Así Napoleón dijo al príncipe de Schwartzberg que le iba á expedir órdenes para que avanzara con el príncipe Poniatowski hacia la alta Silesia, y que esperaba que estas órdenes fuesen cumplidas. Sin embargo de

saber el príncipe de Schwartzberg de seguro que su gobierno no quería disparar un tiro, temió confesárselo á Napoleón y tuvo la debilidad de responderle que obedecería el cuerpo austriaco.

Después de probar á convertir al príncipe de Schwartzberg sin fruto, dirigió Napoleón á sus aliados el gran duque de Baden, el príncipe primado, el duque de Wurtzburgo y los reyes de Wurtemberg, de Baviera y de Sajonia, la recomendación de preparar su contingente, y sobre todo de enviarle cuanta caballería organizada tuvieran disponible. Particularmente insistió cerca del rey de Sajonia, retirado á Ratisbona, que tenía consigo los dos mil cuatrocientos hermosos jinetes de que hemos hablado hace poco, y con los cuales contaba Napoleón para agregarlos al cuerpo del mariscal Ney. Esta demanda la hizo como se da una orden absoluta. Terminadas todas estas disposiciones, y después de recibir los últimos abrazos de la emperatriz María Luisa, enternecida de resultas de esta separación y desconsolada, partió el 15 de abril, tan ardoroso y confiado como á los principios de sus más hermosas campañas. ¡Feliz y fatal confianza, que debía producir grandes cosas, y también nuevos é irreparables desastres por lo excesiva!

LIBRO CUADRAGÉSIMO OCTAVO

LUTZEN Y BAUTZEN

Continuación de la misión del príncipe de Schwartzberg. — Éste abandona á París después de procurar decir á la emperatriz y á Mr. de Basano lo que no había osado exponer á Napoleón. — Lo acontecido en Viena desde la defección de Prusia. — Más que nunca persevera la corte de Austria en el proyecto de mediación armada, y quiere imponer á las potencias beligerantes una paz favorable á Alemania del todo. — Esfuerzos de esta corte por ganar adictos á su política. — Lo hecho cerca del rey de Sajonia, retirado á Ratisbona, para obtener la disposición de las tropas sajonas y de las plazas fuertes del Elba, y la renuncia al gran ducado de Varsovia. — Habiendo obtenido Austria de Federico Augusto la facultad de disponer de sus fuerzas militares, se aprovecha de ella para desembarazarse de la presencia del cuerpo polaco en Cracovia. — No queriendo volver á entrar en lucha con los rusos, celebra un convenio secreto con ellos, por el cual debe retirar sin combatir el cuerpo auxiliar y atraer al príncipe Poniatowski á los Estados austriacos. — Negociaciones de Austria con Baviera. — Llegada de Mr. de Narbonne á Viena por entonces. — Afectuosa acogida que le hacen el emperador Francisco y Mr. de Metternich. — Éste aspira á persuadirle de la necesidad de que la paz se lleve á cabo, y le da á entender que sólo á este precio se podrá lograr el apoyo formal del Austria. — Le insinúa de nuevo cuáles podrán ser las condiciones de la paz propuesta. — Habiendo recibido Mr. de Narbonne de París sus últimas instrucciones, transmite á la corte de Viena las importantes comunicaciones de que está encargado. — Según ellas, el Austria debe invitar á Rusia, Prusia é Inglaterra que depongan las armas, ofrecerles después la paz bajo las condiciones indicadas por Napoleón, y si se negasen á admitirla, entrar con cien mil hombres en Silesia, á fin de operar por sí propia la conquista de aquel territorio. — Manera con que Mr. de Metternich oye estas proposiciones. — Parece como si las aceptase, declara que Austria tomará el papel activo que se le aconseja, ofrecerá la paz á las potencias beligerantes, bien que bajo condiciones fijadas por ella, y pesará con todo su peso sobre la potencia que se negare á subscribirla. — Notando muy luego Mr. de Narbonne un subterfugio, se quiere explicar con Mr. de Metternich, y le pregunta si en el caso de rehusar Francia las condiciones austriacas, volvería el Austria las armas en su contra. — Mr. de Metternich procura eludir al principio la cuestión, si bien luego expresa de plano que se obrará contra todo el que se negare á una paz equitativa, mostrando por lo demás toda parcialidad respecto de Francia. — Evidencia de la falta cometida al empujar al Austria de su situación de aliada al papel de mediadora. — De repente se sabe que el cuerpo de ejército del príncipe de Schwartzberg torna á entrar en Bohemia, en vez de prepararse á volver á las hostilidades; que el cuerpo polaco debe cruzar sin armas el territorio austriaco; que el rey de Sajonia se traslada de Ratisbona á Praga, para arrojarse definitivamente en los brazos del Austria. — Nuevas reclamaciones de Mr. de Narbonne. — Insiste en que, á tenor del tratado de alianza, permanezca el cuerpo austriaco á las órdenes de Francia, y pregunta formalmente si aún existe dicho tratado. — Mr. de Metternich se niega á responder á esta pregunta. — Para insistir más todavía, aguarda Mr. de Narbonne nuevas órdenes de su corte. — Sorpresa é irritación de Napoleón, llegado á Maguncia, al saber la retirada del cuerpo austriaco y sobre todo el proyecto de desarmar el cuerpo polaco. — Ordena al príncipe Poniatowski que á ningún precio deponga las armas, é intima á Mr. de Narbonne que, sin provocar un estallido, haga que se explique la corte de Austria, y procure penetrar el secreto del rey de Sajonia. — A mayor abundamiento se promete Napoleón poner fin muy luego á estas complicaciones con su próxima entrada en campaña. — Sus disposiciones militares en Maguncia. — Aun habiendo aprestado los elementos de un ejército activo de trescientos mil hombres, y de doscientos mil de reserva, no puede juntar más que ciento noventa ó doscientos mil al principio de las hostilidades. — Su plan de campaña. — Situación de los coligados. — Fuerzas de que disponen para las primeras operaciones. — No queriendo el Austria unirse á ellos hasta apurar todos los recursos de venir á negociaciones, se hallan reducidos á ciento ó ciento diez mil hombres para un día de batalla. — Composición de su estado mayor. — Muerte del príncipe Kutusoff el 28 de abril en Buzelau. — Marcha de los coligados sobre el Elster y de Napoleón sobre el Saale. — Hábiles combinaciones de Napoleón para juntarse al príncipe Eugenio. — Llegada de Ney á Naumburgo, del príncipe Eugenio á Merseburgo. — Hermoso combate de Ney en Weissenfels el 28 de abril é incorporación de los ejércitos franceses. — Bizarro porte de nuestros reclutas ante las masas de la caballería rusa y prusiana. — Llegada de Napoleón á Weissenfels y marcha sobre Lutzen el 1.º de mayo. — Muerte de Bessieres, duque de Istria. — Proyectos de Napoleón ante el enemigo. — Medita marchar sobre Leipsick, pasar el Elster por este punto, y echarse en seguida sobre el flanco de los coligados. — Posición señalada al mariscal Ney, cerca de la aldea de Kaja, para cubrir al ejército durante el movimiento sobre Leipsick. — Mientras Napoleón discurre coger la vuelta á los coligados, éstos piensan ejecutar en contra suya la misma maniobra, y se aprestan á atacar á Kaja. — Plan de batalla propuesto por el general Diebitch y adoptado por los soberanos aliados. — Es acometido el cuerpo de Ney de repente. — Maravillosa presteza de Napoleón, en cambiar sus disposiciones, y concentrar sobre Lutzen sus fuerzas. — Memorable batalla de Lutzen. — Importancia y consecuencias de esta batalla. — Napoleón persigue á los aliados hacia Dresde, y envía á Ney sobre Berlín. — Marcha sobre el Elba. — Entrada en Dresde. — Paso del Elba. — Ya dueño Napoleón de la capital de Sajonia, intima á Federico Augusto que se presente, bajo pena de ser destituido. — Lo acontecido en Viena mientras Napoleón daba la batalla de Lutzen. — A tenor de la orden recibida, insiste Mr. de Narbonne en que Austria se explique relativamente al cuerpo auxiliar y al cuerpo polaco, y entrega á Mr. de Metternich una nota categórica sobre este punto. — Ruegos de Mr. de Metternich para apartar á Mr. de Narbonne de tal paso. — Habiendo persistido éste, responde el gabinete de Viena que el tratado de alianza de 14 de marzo de 1812 no es aplicable á las circunstancias actuales. — Se reciben en Viena las noticias del teatro de la guerra. — Aunque los coligados blasonan de vencedores, muy luego acreditan los resultados que son vencidos. — Satisfacción aparente de Mr. de Metternich. — Diligencia de la corte de Viena en apoderarse á la sazón de su papel de mediadora, y envío de Mr. de Bubna á Dresde con el encargo de comunicar las condiciones que se creía poder lograr que fuesen aceptadas por las potencias beligerantes, ó al menos bajo las cuales estaría pronta Austria á unirse á Francia. — Al saber Napoleón lo ejecutado por Mr. de Narbonne, se duele de que se haya empujado al Austria tan vivamente, pero al adquirir cabal conocimiento de las condiciones de esta potencia, se irrita hasta el último grado. — Adopta la resolución de abocarse con Rusia é Inglaterra, de anular así el papel de Austria, después de quererlo hacer demasiado considerable, y de llevar á cabo en su contra aprestos militares que la reduzcan á sufrir la

ley, en lugar de imponerla. — Entretanto, manda á Mr. de Narbonne abstenerse de una insistencia y encerrarse en la reserva más absoluta. — Napoleón envía al príncipe Eugenio á Milán para organizar allí el ejército de Italia, y prepara nuevos armamentos bajo la suposición de una guerra con la Europa toda. — Recibimiento del rey de Sajonia en Dresde. — Napoleón se dispone á salir de esta capital, con el fin de empujar á los coligados del Elba al Óder, dándoles una segunda batalla. — Siendo harto conocido su plan de hacer alto en Bautzen y de pelear allí á todo trance, en vez de enviar Napoleón al mariscal Ney á Berlín, le encamina sobre Bautzen. — Llegada de Mr. de Bubna á Dresde en el momento en que Napoleón iba á partir de este punto. — Habilidad de Mr. de Bubna en sufrir la primera irritación de Napoleón y en suavizarla. — Explicación que da sobre las condiciones de Austria. — Modificaciones con las cuales Napoleón las aceptaría acaso. — Napoleón finge que se ablanda, con el objeto de ganar tiempo, y de llevar todos sus armamentos á remate. — Consiente en la apertura de un congreso, adonde hasta los españoles sean llamados, y en la celebración de un armisticio, del cual se propone sacar provecho para abocarse directamente con Rusia. — Partida de Mr. de Bubna con la respuesta de Napoleón para su suegro. — Conforme á lo acordado, no bien partido Mr. de Bubna, envía Napoleón á Mr. de Caulaincourt al cuartel general ruso, bajo pretexto de negociar un armisticio. — Salida de Napoleón para Bautzen. — Distribución de sus cuerpos de ejército, y marcha del mariscal Ney á espaldas de Bautzen con sesenta mil hombres. — Descripción de la posición de este punto, adecuado para dar dos batallas. — Batalla del 20 de mayo. — Segunda batalla del 21, en la cual son tomadas las formidables posiciones de los prusianos y de los rusos, después de defendidas con singular denuedo. — Al día siguiente 22, empuja Napoleón á los aliados hacia el Óder con la punta de la espada. — Combate de Reichenbach, y muerte de Duroc. — Llegada á orillas del Óder y ocupación de Breslau. — Apuros de los soberanos aliados, y necesidad que tienen de celebrar un armisticio. — Después de negarse á recibir á Mr. de Caulaincourt, por miedo de inspirar desconfianza al Austria, envían comisionados á los puestos avanzados para negociar una suspensión de armas. — Estos comisionados se abocan con Mr. de Caulaincourt. — Sus pretensiones. — Negativa perentoria de Napoleón. — Mr. de Bubna se dirige á Viena durante los últimos sucesos. — Allí engendra cierta especie de alegría con la esperanza de vencer la resistencia de Napoleón á las condiciones de paz propuestas, mediante algunas modificaciones en las cuales se consiente, y torna al cuartel general francés. — Sintiendo Napoleón estrechado muy de cerca por Austria, alega sus ocupaciones militares para no recibir en seguida á Mr. de Bubna, y le insinúa que se entienda con Mr. de Basano. — Alcanzándosele, á pesar de todo, que habrá de pronunciarse dentro de poco, y que tendrá á los austriacos encima si rehusa sus condiciones, consiente en un armisticio, que salva á los aliados de su total ruina, y firma esta suspensión de armas, no con el designio de venir á negociaciones, sino con el de ganar dos meses para concluir sus armamentos. — Condiciones de este armisticio, y fin de la primera campaña de Sajonia, llamada campaña de la primavera.

Después de la partida de Napoleón, quedó el príncipe de Schwartzberg confuso de resultados de cuanto había visto y oído, y disgustadísimo de no haber podido ni osado expresar ni una sola de las verdades que tenía encargo de decir á la corte de Francia. Más franco trató de mostrarse con la emperatriz, cerca de la cual tenía acceso, pues además de ser alemán y negociador de su padre, había figurado como negociador de su matrimonio, y así tenía todos los títulos para ser escuchado. Desgraciadamente no podían ser de gran efecto sus discursos á esta princesa. Desvanecida María Luisa con el prestigio de que se hallaba rodeada, enamorada á la sazón del esposo que era de su gusto y la colmaba de atenciones, hacía ardientes votos por sus triunfos, pero no ejercía ascendiente alguno sobre su persona. Aún estaban rojos sus ojos de las lágrimas que había derramado al despedirle, cuando recibió al embajador de su padre. Con pena oyó lo que la dijo el príncipe de Schwartzberg sobre los peligros de la situación presente, sobre las pasiones sublevadas en Europa contra Francia, sobre la necesidad de celebrar la paz con los unos y de conservarla al menos con los otros. Por toda respuesta repitió la joven emperatriz lo que se le había enseñado á decir sobre las fuerzas inmensas de Napoleón; pero, entendiendo poco lo concerniente á la guerra, limitóse con especialidad á pedir que se guardaran miramientos á su situación dentro de Francia, y que, tras de enviarla como prenda de paz, no se la expusiera á ser una nueva víctima de las tempestades revolucionarias. Tal recuerdo habían dejado en los ánimos las desventuras de María Antonieta, que María Luisa se sentía asaltada de repentinos terrores, y se consideraba como en gran peligro si Austria volvía á estar en guerra con Francia. De sus temores habló al príncipe de Schwartzberg, aunque sin conmovederle mucho, porque no los tomaba en serio y porque, discurriendo como político y militar, si bien algo embarazado por los favores que había recibido de la corte de Francia, ante todo

pensaba en la fortuna de su país y en la suya propia. No podía resultar gran cosa de semejantes entrevistas. Las que el príncipe de Schwartzberg tuvo con monsieur de Basano, que se quedó en París algunos días, pudieran ser de más provecho; pero por desgracia no tuvieron ninguno.

Al tiempo del matrimonio de María Luisa, el príncipe de Schwartzberg llevó la intimidad con Mr. de Basano casi hasta la intriga; se trataban, pues, familiarmente y podían hablarse con toda franqueza. Schwartzberg procuró decir la verdad sin proceder no obstante con todo el valor que debiera y le excusara más tarde de faltar á Napoleón al agradecimiento, si no llegaba á ser escuchado. Algo hizo por refutar las aseveraciones de Mr. de Basano, por rebajar los inmensos armamentos de que este ministro hacía continuo alarde, por hablar de la inexperiencia de nuestra infantería, sobre todo de la destrucción de nuestra caballería, del furor patriótico que íbamos á hallar entre los coligados, de las pasiones que arrastraban á la sazón á los pueblos de Europa y dominaban á los mismos gobiernos, de la imposibilidad en que Austria se vería de batirse contra Alemania y á favor de Francia, á no ser que pareciese hacerlo por una paz alemana del todo. Mr. de Basano no manifestó comprender estas verdades, y con una sinceridad que honraba su buena fe, aunque de ninguna manera su juicio político, alegó á menudo la alianza y especialmente el matrimonio. Perdiendo el príncipe de Schwartzberg la paciencia, soltó estas expresiones: «¡El matrimonio, el matrimonio!.. La política lo hizo, y la política podrá deshacerle.» Ante este grito de ingenuidad salido de boca del príncipe de Schwartzberg, sorprendido Mr. de Basano comenzó á entrever la situación; pero en vez de acudir en ayuda de la debilidad de su interlocutor, que no osaba declarar lo que sabía, esto es, que Austria no se batiría por nosotros en contra de los alemanes, y que antes bien se uniría á ellos si no aceptábamos la paz que había ideado, fingió no

haberle comprendido para eximirse de dar respuesta, y prestóse á que terminara la entrevista con nuevas y falsas protestas de fidelidad á la alianza. Sin duda podía ser hábil aparentar no haber comprendido para evitar un choque, pero á nuestros ojos fuera mucho más hábil una explicación franca, amistosa y completa; pero si disimulaba ante el representante de Austria, á lo menos al dirigirse á Napoleón no debía andar con disimulos; convenía que le dijera lo que fingió no entender al otro, esto es que, si no hacía sacrificios, se le echaría encima el Austria y sucumbiría bajo una coalición de toda Europa. Mr. de Basano juzgó preferible no transmitir á Napoleón lo que había recogido por no irritarle contra el Austria. Positivamente la intención era honrada; pero, sirviéndoles de este modo, se pierde á los señores no acostumbrados al lenguaje de la verdad. Si el mundo entero, si la naturaleza de las cosas les hubiera de contemplar al modo que les contemplan sus lados, pudiera suceder que, callando el mal, se conjurara; pero como sólo sus lados les están sumisos, los hechos que les son ocultados no hacen más que agravarse, crecer y convertirse muy luego en desastres.

Muy descontento partió de París el príncipe de Schwartzberg á causa de lo que había visto, y si fuera justo, debiera también mostrarse descontento de sí propio, pues no supo hacer oír todas las verdades que le autorizó á revelar su gobierno y debía poner en claro á los ojos de Napoleón, para eximirse de toda nota de ingratitud al admitir el nuevo papel que iba á representar muy pronto.

No iban mucho mejor las cosas en Viena, aunque mediante más perspicacia y más talento por parte de los representantes de Francia y Austria. Mientras Mr. de Narbonne estaba en camino hacia aquella corte, aún había empeorado la situación para nosotros, y pensados el emperador Francisco y el príncipe de Metternich entre la opinión universal de Alemania, que les impelía á unirse á la coalición, y Francia, con la que estaban comprometidos, no sabían ya cómo salir del aprieto, y se hallaban condenados de día en día á más trabajoso disimulo. Su objeto no había cambiado, pues en la situación de ellos no había más que uno prudente y decoroso. A los ojos del cuerdo emperador y del hábil ministro no se podía seguir otra conducta que la de pasar del estado de aliado de Francia al de aliado de Rusia, de Prusia y de Inglaterra, por el estado intermedio del arbitraje, imponer tanto á unos como á otros una paz ventajosa á Alemania, atenerse á este papel intermedio el más largo tiempo que fuera posible, y no reunirse á la coalición sino en el último extremo. De esta suerte, según hemos dicho, el emperador conciliaba sus intereses de soberano alemán con sus deberes de padre; y el ministro hallaba un modo conveniente de pasar de una política á otra y de continuar decentemente á la cabeza de los negocios. Para ambos tenía el gran mérito de ahorrar á Austria la guerra con Francia, que á sus ojos presentaba siempre eventualidades singularmente espantosas. Pero hacer aceptar á los coligados, exaltados por el odio y por la esperanza, esta lenta transición hacia ellos, y hacer aceptar á Napoleón consejos moderados, cosa era punto menos que imposible, y en la cual podía fracasar toda la destreza del mundo, sobre todo en medio de los incidentes continuos de una si-

tuación extraordinaria. Sin duda alguna fuera más cómodo explicarse desde luego lisa y llanamente con todos, decir á los coligados y á Napoleón que se quería la paz y que se quería alemana, primero por Alemania, cuyos intereses se debían tomar más á pecho, y después por Europa, á cuyo equilibrio convenía que Alemania fuera independiente; que, pudiendo echar un peso decisivo en la balanza, se tenía resuelto echarlo contra quien no admitiera este sistema de pacificación general completamente y sin demora.

Pero hablar de este modo antes de tener doscientos mil hombres en Bohemia podía ser aventurado en presencia de un carácter tan impetuoso como el de Napoleón, y de una coalición tan embriagada de triunfos inesperados como lo estaba la de Rusia, de Inglaterra y de Prusia. Así era prudente ganar tiempo antes de explicarse. Nada descuidó el gabinete austriaco, pues tenía habilidad de sobra para salir airoso de tamaña tarea.

Ante todo quiso proporcionarse adictos á su política mediadora en la misma Alemania, y buscólos entre los príncipes comprometidos en la alianza francesa, á semejanza suya, por interés ó por prudencia. Empezó por dirigirse en secreto á Prusia, que con una movilidad inherente á su posición y á las pasiones de su pueblo se había precipitado de un golpe de la mediación á la guerra. No pudiendo ya valerse de Prusia, enderezó sus esfuerzos, siempre secretamente, á Sajonia y Baviera, que nada anhelaban más que la paz y sobre todo ventajosa para Alemania, y las enlazó á su política. Según se ha visto, indujo al rey de Sajonia á abandonar á Dresde, y á negarnos su contingente de caballería y á encerrarse en Torgau su contingente de infantería. Pero esto no bastaba, y ahora quería llevarle de Ratisbona á Praga, para disponer allí más completamente de su persona, y hacerle adoptar todas sus miras.

Consistía la principal de ellas en alcanzar del anciano rey el sacrificio de la Polonia, regalo muy seductor de Napoleón, si bien regalo quimérico y peligroso, cuya nulidad y cuyo peligro acababa de poner de manifiesto la campaña de Moscu. Logrando del rey de Sajonia la supresión del gran ducado de Varsovia, esperaba el gabinete austriaco hallar menos dificultades por parte de Napoleón, quien ya no tendría el embarazo ni el disgusto de abandonar á un aliado, hacia el cual había ostentado el mayor favor de continuo. Entonces, con los territorios que se extienden desde el Bug al Wenta, habría para reconstituir la Prusia, se libraría á Rusia del gran ducado de Varsovia, que era para ella un fantasma acusador y amenazante, se le daría algo para el duque de Oldenburgo, y Austria tomaría para sí propia, lo cual á vueltas de muchas miras por el bien público no le era indiferente, la parte de la Galitzia que después de la batalla de Wagram había perdido. Punto muy importante era el de alcanzar tamaño sacrificio del rey de Sajonia, y se iba en pos de este objeto cerca de su persona con secreto, destreza é insistencia.

Por último se quería que Sajonia no empleara sus fuerzas más que con las de Austria, al mismo tiempo y en la propia medida. Sus fuerzas consistían en la hermosa caballería que había seguido á la corte, en los diez mil hombres de infantería acantonados en Torgau, en esta misma plaza, en la fortaleza de Kenigstein sobre el Elba, y además en el contingente polaco del príncipe

Poniatowski, que detrás del príncipe de Schwarzenberg se había retirado á Cracovia. Esta última parte de las fuerzas sajonas era la más interesante á los ojos de Austria, no á causa de su importancia militar, sino de su posición especial del todo. Con efecto, se necesitaba impedir que á la próxima reapertura de las hostilidades y por virtud de órdenes de Napoleón, se pusiera en movimiento el cuerpo polaco, y atrajera así á los rusos hacia Bohemia. Añádase que al comenzar de nuevo las hostilidades no sólo al cuerpo polaco expediría Napoleón órdenes de movimiento, sino al mismo cuerpo austriaco. Para desenlazar tantas complicaciones, con su habitual fecundidad de talento había discurrido Mr. de Metternich un recurso, diestro aunque peligroso si llegaba á descubrirse, y era el de continuar por convención escrita lo que por convención tácita se había ya hecho, esto es, retirarse delante de los rusos fingiendo verse obligados á ello por fuerzas superiores. De resultas, empleando en un doble uso á Mr. de Lebzelter, enviado á Kalisch para ofrecer la mediación austriaca, se convino en los hechos siguientes por una nota, canjeada entre las partes y que se prometieron mantener perpetuamente secreta. El general ruso, barón de Sacken, denunciaria el armisticio por el cual habían suspendido los rusos las hostilidades contra los austriacos á fines de la última campaña y desplegaría sobre su flanco una fuerza considerable: éstos por su parte fingirían retirarse por necesidad, repararían el alto Vístula, abandonarían á Cracovia, volverían á entrar en Galitzia, y llevarían consigo el cuerpo polaco de Poniatowski, obligándole á sufrir esta necesidad supuesta. Una vez llegados allí los rusos harían alto y respetarían las fronteras austriacas. Pero para no mantener á los polacos tan cerca del gran ducado de Varsovia, y sobre todo para no guardarlos en medio de Galitzia, á la cual podrían poner fuego, quería el gabinete austriaco pactar con el rey de Sajonia su gran duque, llevarlos por los Estados de Austria sobre el Elba, donde Napoleón haría de ellos el uso que fuese de su agrado. De este modo se resolviera una de las cuestiones actuales de más bulto.

Esta secreta convención de que acabamos de hablar, fué inmediatamente aceptada por los rusos, y apresuróse á firmarla Mr. de Nesselrode, ministro ya director de Alejandro, no en el nombre, sino de hecho. Aún faltaba conseguir que se acomodara á tales ajustes el rey de Sajonia.

Horriblemente atormentado este pobre monarca, no sabiendo ya á quién entregarse, pero siguiendo de buen grado al Austria, cuya posición se parecía mucho á la suya, aceptó cuanto se le propuso. Respecto de su caballería, llevada á Ratisbona, respecto de su infantería, encerrada en Torgau, respecto de esta plaza y de la de Koenigstein, estipuló no usar de unas ni de otras sino de acuerdo con Austria, juntamente con ella, y á tenor de su plan de mediadora. Respecto de las tropas polacas consintió en que, vueltas á Galitzia, se les quitasen momentáneamente las armas, bajo promesa de restituírselas acto continuo, y de que se las condujera por los Estados austriacos, suministrándolas cuanto les hiciera falta, á un punto de Baviera ó de Sajonia, que se designaría posteriormente. Para esta combinación había el contratiempo de hallarse un batallón de cazadores fran-

ceses entre las tropas polacas, y de no ser asunto de poca monta desarmar á franceses, sobre todo pretendiendo perseverar aliados de Francia.

Alcanzado este punto, se necesitaba arrancar al rey de Sajonia el abandono definitivo del gran ducado de Varsovia, para quitar, según se ha dicho, á Napoleón un embarazo y un argumento, y Austria quería proponer á Sajonia por vía de compensación de la Polonia el lindo principado de Erfurt, guardado hasta entonces en depósito por Francia, y ofrecido un momento en compensación al duque de Oldenburgo. Pero, aun cediendo Sajonia á las miras de Austria, se había defendido al hablársele del sacrificio del gran ducado de Varsovia, pues á pesar de ser Erfurt una preciosa porción de territorio enclavada en sus Estados, no equivalía á aquella gloriosa corona de Polonia, que un siglo antes brillaba perfectamente en las sienas de los príncipes de Sajonia. Así el gabinete austriaco deseaba llevar á este monarca de Baviera á Bohemia, para disponer mejor de su persona. Con el fin de atraerle á este punto hacía valer la circunstancia de ser Praga un país inviolable y de distar pocas leguas de Dresde, y de estar allí por tanto en aptitud de hablar á sus súbditos todos los días y de conservar su afecto.

No menos delicadas eran las negociaciones entabladas con Baviera, y ofrecían mayores dificultades. Además de ser necesario inducirle á asentir á un tratado de mediación, que no entraba en la política de Napoleón y que por tanto no dejaba de ser peligroso, había que inclinarle á un sacrificio estéril para la causa general de todo punto, bien que utilísimo para el Austria, y era el restablecimiento de la frontera del Inn, mermada á expensas de Austria y en beneficio de Baviera por el tratado de paz de 1809. Aquí no quedaba otro arbitrio que la amenaza, sin ofrecer compensación alguna, pues en torno de Baviera no había más que los territorios de Baden, de Wurtemberg y Sajonia, ignorándose el modo de desmembrarlos en provecho de un vecino. De ardua se resentía la tarea, y corríase el riesgo de que, en despique del disgusto, pusiese Baviera á Napoleón al cabo de todo. Por lo que hace á nuestros aliados de Baden y de Wurtemberg, no pudo Austria acercárseles sino con muchos miramientos, haciéndoles su proximidad á las orillas del Rhin dependientes de la vigilante dominación de Napoleón por completo.

En medio de este trabajo sutil y misterioso, llegó Mr. de Narbonne á sorprender á Austria, y á darle cuenta de miras por desgracia muy diferentes de las suyas. En vez del proyecto de reconstituir la Prusia y de hacer á Alemania independiente, llevaba Mr. de Narbonne un trastorno de Alemania mayor todavía que aquel á que se aspiraba á poner remedio, esto es, la Prusia definitivamente destruída, la Sajonia substituída á la Prusia, y el Austria pagada á la verdad con la Silesia, aunque más dependiente que nunca. De cierto con tales proposiciones no había manera de entenderse: añádase que Mr. de Narbonne, recientemente honrado con el favor de Napoleón, llegaba, como es natural, deseoso de distinguirse, y sobre todo con la pretensión de no ser juguete de Mr. de Metternich al modo que su antecesor lo había sido. Disposiciones peligrosas aunque muy concebibles, pues lo mejor fuera aparecer engañado sin serlo, ó serlo realmente, más bien que

obligar á Austria á que se declarase, manifestándola que se había adivinado su pensamiento.

La acogida que Mr. de Metternich hizo á Mr. de Narbonne fué de las más afectuosas y lisonjeras. No contentándose el ministro austriaco con ser un espíritu político profundo, también hacía gala de figurar como espíritu amable y sincero, y lo sabía ser en los casos necesarios. Así colmó á Mr. de Narbonne de obsequios, le recibió como amigo de quien no tenía que recatar cosa alguna, y con cuyo auxilio quería salvar á Francia, á Austria y á Europa de una catástrofe tremenda, explicándose ingenuamente y en seguida acerca de todo. Afanóse mucho por saber si el embajador de Francia llevaba al cabo algunas concesiones á la política europea, demostrativas de que Napoleón se inclinaba á la paz urgente. Pero todavía aguardaba Mr. de Narbonne de París sus últimas instrucciones, en las cuales se le debía trazar punto por punto la manera de hacer sucesivamente á Austria las importantes aberturas de que estaba encargado. Hasta ahora había que decir muy poco, salvo que Napoleón no propendía á ceder nada, pero que si quería ser su cómplice la corte de Viena, se le daría buena paga en territorios tomados á quienquiera que fuese. Todo lo que Mr. de Narbonne podía hacer por mejor é hizo en situación semejante, se reducía á callar, y á oír y adivinar mucho, ínterin podía romper el silencio. Como no hablaba, Mr. de Metternich hubo de hablar por su parte. Cosas dijo que se debieran adivinar sin que las dijese, y que se debieran comprender al menos, cuando se esmeraba en repetir las tan á menudo y con tan evidente buena voluntad de que fueran fructuosas. Con fundamento decía Mr. de Metternich que Viena se hallaba en la posición más ardua después de la defección de Prusia. Toda Alemania pedía que se uniera á los rusos y á los ingleses contra los franceses. Todas las clases en Viena, aunque no tan atrevidas como en Berlín, substancialmente usaban el propio lenguaje, y lo más grave era que el ejército participaba de las mismas opiniones. Todos querían que se aprovechase la coyuntura de emancipar á Alemania del yugo de Francia, y de poner término á un estado de cosas intolerable. Sin duda Austria sabía cuánto había de exagerado y de imprudente en este lenguaje; que Napoleón era muy poderoso, muy temible, y no convenía declarársele temerariamente en contra; y al expresarse de este modo, añadía el ministro austriaco que por su parte no recaería en las faltas de que había querido desviar á la política de su patria con el matrimonio de María Luisa. De consiguiente no olvidaba el poderío de Napoleón, ni el matrimonio, ni el tratado de alianza del mes de marzo de 1812, y no se dejaría llevar ni por el pueblo de las capitales, ni por el de los salones y el de los estados mayores. Sin embargo, había que reconocer verdades evidentes, para no caer uno propio en la ceguera de que se acusaba á los adversarios: forzoso era no ocultarse que había en Europa una sublevación universal de los ánimos contra Francia, ó á lo menos contra su jefe, y en la misma Francia una necesidad muy legítima de reposo; que se ganarían batallas sin duda, pero que las batallas no bastarían por mucho tiempo para resistir á movimiento semejante; pero por tanto había que venir á ajustes, por virtud de los cuales se conservara la justa grandeza propia, y no se quisiera oprimir

la independencia ajena, hasta el punto de crear una situación intolerable. Mr. de Metternich añadía que Austria sólo abrigaba miras rectas, moderadas; que deseaba seguir aliada de Francia; que á pesar de todo no se la podía obligar á que derramara la sangre de sus pueblos para hacer más ominosa una cadena de que arrastraba pesada parte; que si se le pedía que apoyara con todas sus fuerzas un proyecto de pacificación aceptable para Europa, quizá la perdonarían sus pueblos que permanecieran unida á Francia con este objeto; pero que, en el caso contrario, excitaría un levantamiento general entre sus propios súbditos. Con este motivo citaba Mr. de Metternich las prisiones de algunos individuos de nota, especialmente la de Mr. de Hormáyer, y además las numerosas destituciones que había sido forzoso decretar para imponer silencio á los patriotas germánicos más turbulentos. Pero hacía notar que ya se estaba al cabo de todo, y que el gabinete era un nadador que nadaba con brío contra la corriente, bien que no podría remontarla si Napoleón no le alargaba la mano. Después, temiendo que hubiera visos de censura ó de amenaza en estas expresiones, se confundía en protestas de adhesión, de estima, de admiración hacia Napoleón, y se manifestaba resuelto, según su dicho, á separarse de cuantos quisieran propender á abatirle. «¡Abatirle, gran Dios, exclamaba agudamente Mr. de Metternich, cuando se trata de dejarle tres ó cuatro veces más grande que Luis XIV! ¡Ah, si se quisiera contentar con ser grande de esta manera, cuán felices nos haría á todos, y cuánto aseguraría el porvenir de su hijo, porvenir que ha venido á ser el nuestro!»

No obteniendo Mr. de Metternich más respuesta á estas generalidades tan verdaderas que generalidades vanas sobre la extensión de nuestros armamentos, sobre nuestras próximas victorias, sobre la necesidad de contemplarnos, renovaba con destreza y con una mirada interrogadora estos golpes de sonda ya dados en la profundidad de nuestra ambición. Entonces repetía lo ya dicho muchas veces sobre la imposibilidad de mantener la quimera del gran ducado de Varsovia, condenada por la campaña de 1812; sobre la necesidad de rehacer á las potencias intermedias y con preferencia á todas á Prusia, única capaz de reemplazar á Polonia, destruída para siempre; sobre la necesidad de reconstituir la Alemania; sobre la imposibilidad de hacer durar la Confederación del Rhin, institución para siempre arruinada en el espíritu de los pueblos germánicos, y más incómoda que útil para Napoleón mismo; sobre la imposibilidad de conseguir que las potencias beligerantes asintieran á la agregación definitiva al territorio francés de Lubeck, de Hamburgo, de Brema; sobre todos los puntos, en fin, que hemos indicado anteriormente, y respecto de los cuales ya se había manifestado el pensamiento del gabinete austriaco á las claras. «Ya nos cuesta sobrado trabajo, añadía Mr. de Metternich, impedir que se hable de Holanda, de España, de Italia. Probablemente hablará Inglaterra, y si acerca de Holanda y de Italia cede, de positivo no cederá en punto á España. Pero nosotros nada diremos por no complicar los negocios, y si es preciso dejaremos á Inglaterra aparte y trataremos sin ella. Quizá induzcamos á Rusia y á Prusia á que imiten nuestra conducta, si les podemos presentar condiciones aceptables, en cuyo caso